

hijos de Dios. ¡Cosa admirable! *O res mirabilis!* ¡El Prisionero voluntario del Tabernáculo es el Libertador de las prisiones de nuestra voluntad!

SERMÓN VIGÉSIMO SEGUNDO

(predicado en la iglesia parroquial de San José, Bogotá, 1898).

La Eucaristía y la igualdad.

Non enim est distinctio Iudæi et Græci; nam idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.

No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan.

Rom. 10, 12.

I. Tras el anhelo de una falsa libertad, que no es ni puede ser otra cosa, en definitiva, que verdadera y oprobiosa esclavitud, surge en los hombres fascinados por las ideas revolucionarias, el loco afán de nivelación é igualdad absoluta de clases y condiciones y derechos. Jesucristo nuestro Salvador es el único que darnos puede libertad verdadera y gloriosa, cual es la que corresponde á los *hijos de Dios*, á cuya dignidad nos ha llamado¹; él sólo es también capaz, hermanos míos muy amados, de otorgarnos la posible igualdad, esto es, la que puede armonizarse con la naturaleza y la justicia, la que se funda en la bondad y liberalidad infinita del Señor para con todas sus criaturas, según las palabras del Apóstol: *No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan*². Porque es evidente que esa otra igualdad de mala ley, tan contraria á la

¹ Rom. 8, 21.

² Ubi supra.

naturaleza misma de las cosas, como al orden establecido por Dios entre los hombres, Él no puede ni quiere concedérnosla; y el cristiano y el hombre de razón deben renunciar á tan locas pretensiones. En efecto, hermanos carísimos, ¿no es una locura tratar de oponernos á la ley de desigualdad manifiestamente estampada por el soberano Creador en todo el universo? ¿Hay por ventura dos cosas en toda la creación que sean perfectamente iguales, aunque de una misma especie? Poseyendo millones de criaturas las mismas propiedades esenciales, verbigracia, los hombres las de animal y racional, cada uno de ellos se constituye por cualidades accidentales que lo individualizan y distinguen de todos los demás; y esta casi infinita variedad de accidentes en la unidad de naturaleza es precisamente lo que imprime en el universo ese sello de hermosura y perfección que acusa su divino origen. Alzad los ojos á la bóveda estrellada de los cielos, y allí veréis astros sin número girando en espacios sin medida; pero por más que os esforcéis á distribuirlos en grupos de varias magnitudes, no lograréis descubrir dos solamente que brillen con la misma intensidad y posean la misma velocidad y el mismo peso. ¡Admirable variedad, ó sea, desigualdad de las obras de Dios! Y ¡cómo realzan la armonía de la creación!¹ *Vió Dios todo lo que había hecho, y hallólo todo bueno y perfecto*². Y ¿pretenderá el hombre corregir la plana al sapientísimo Hacedor, queriendo igualar á los hombres que Él hizo tan desiguales como las estrellas?³

2. Pero advertid desde luego, hermanos míos, que el hombre ofuscado por el orgullo y la sensualidad no

¹ Species coeli gloria stellarum (Eccli. 43, 10).

² Gen. 1, 31.

³ Iob 38, 31.

pretende propiamente igualarse con los demás hombres, sino antes bien sobreponerse á todos, por más que declame y grite en favor de la igualdad. ¿No es evidente que sólo quieren igualarse con los de arriba los que están abajo, pero no al revés? Los que son menos quieren á todo trance aparearse con los que son más; los pobres ansían por ser ricos, los que carecen de posición social, se desviven por escalar los altos puestos de la sociedad, los que padecen se desesperan por gozar como los más felices y afortunados de este mundo. ¿No es esta la verdad? Luego no se diga que el hombre aspira á establecer en la tierra el imperio de una igualdad imposible: dígase francamente que la ambición y la codicia luchan por alzarse hasta las alturas sociales; y, cuando lo hayan conseguido, maldecirán de la igualdad que para nada necesitan. Entre tanto Jesucristo nos ha enseñado doctrinas enteramente opuestas, diciéndonos de palabra y con su ejemplo: *El que es mayor entre vosotros, hágase como el menor de todos*¹. Y en el Sacramento augusto de nuestros altares se abate y disminuye hasta hacerse invisible por su pequeñez. Pero, eso no obstante, nos iguala hasta donde es posible, al convidarnos y admitirnos á la mesa de la Eucaristía, como vais á ver en la primera parte de este discurso; y al propio tiempo nos enseña á encontrar la armonía moral en la misma desigualdad necesaria á la humana condición, como veréis en la segunda. Imploramos, etc. *Ave María.*

I.

3. ¡Admirable parábola de Jesucristo la que se registra en el capítulo 14 de San Lucas, de la gran cena

¹ Luc. 22, 26.

dispuesta por un hombre rico y generoso! En ella, bajo el velo del apólogo, nos enseña el divino Maestro cuál es la conducta del Padre celestial respecto de los hombres en orden al repartimiento de los verdaderos bienes, que son los del espíritu. El Criador, en su altísimo consejo, ha formado en verdad muy desiguales á los hombres, por más que sea padre universal de todos, y á todos los abraza en el seno de su amor infinito¹; ha hecho á unos sanos, y á otros enfermos; á éstos pobres, y á aquéllos ricos; pequeños y despreciables á muchos, grandes y honorables á pocos; inteligentes y sabios á algunos, cortos é ignorantes á los más: á unos inclinados á la virtud, á otros propensos por su mismo natural al vicio; en fin, á éstos los hizo nacer en medio de la luz y de la civilización, á aquéllos en las tinieblas de la barbarie y del paganismo; quiso que unos fuesen judíos, otros griegos, otros bárbaros y escitas. Pero, en medio de tanta diversidad de condiciones, de tanta desigualdad de bienes y fortunas, en una cosa quiso que todos los hijos de Adán fuesen absolutamente iguales, en aquello en que consiste su verdadera felicidad, supuesto que á todos los destinaba á ser eternamente felices: en el conocimiento de la verdad, y en las gracias suficientes para la salvación. Tal es la doctrina del Apóstol: *Dios quiere positivamente que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad*². Que si, no todos son iluminados, ni arriban todos al término feliz de su destino, no es ciertamente porque Dios les niegue ni escasee los medios necesarios para la salvación. Así lo persuaden de consuno la razón y la fe católica. Por eso los llama á todos el Padre de familias

¹ Sap. 11, 25.

² I Tim. 2, 4.

de la parábola evangélica, habiendo preparado una cena opípara y suntuosa, porque quiere que se *llene su casa* sin que sobre lugar¹. Es cierto que primero invita á los magnates del pueblo escogido, á los que parecían más dignos del llamamiento al Evangelio por su misma profesión de maestros y doctores de la ley antigua: *Vocavit multos*. Mas una vez que éstos, por soberbia, sensualidad y apego á los bienes terrenales, despreciaron la cortés invitación del Señor, las puertas del palacio quedaron abiertas para todos, pobres y plebeyos, enfermos y desgraciados, para cuantos poblaban las plazas y arrabales de la ciudad; y, no contento aún con tanta gente, manda á sus criados que salgan por los pueblos y ciudades comarcanas á llamar á todos sin distinción de personas, ni de razas²: su casa es demasiado grande para que nadie quede afuera: su banquete es tan abundante, que todo el mundo puede participar de él hasta saciarse. Solamente serán excluidos sin remedio los despreciadores de la generosa invitación.

4. Esta cena por antonomasia grande, hermanos míos, designa, según la interpretación de los Padres³, no sólo la bienaventuranza de la gloria, en donde serán embriagados de felicidad sus dichosos moradores⁴, sino también la Iglesia, esto es, la verdadera religión, el evangelio y la fe en Jesucristo, y finalmente el festín de la sagrada Eucaristía. Ahora bien: ¿á qué hombre, por mísero y desventurado que sea por naturaleza y condición, no llama Dios á gozar de la gloria de su reino por toda la eternidad? ¿á quién no convida con la luz del evangelio y con los bienes de la gracia que se

¹ Luc. 14, 23.² Ibid.³ *Corn. a Lapide*, Comm. in Luc. cap. 14.⁴ Ps. 35, 9.

comunican por los Sacramentos de la Iglesia? ¿á quién, en fin, se le niega el acceso á la Mesa del Altar, en donde se reparte á todos por igual el alimento de vida eterna, el *Pan de los hijos*¹? La Iglesia y sus ministros, en calidad de emisarios de Cristo, están invitando á todas horas á toda suerte de personas, á grandes y pequeños, pobres y ricos, sabios é ignorantes, á acercarse, con disposiciones de fe, hambre espiritual y decente atavío de virtudes, al divino banquete, á la gran Cena, ofreciéndoles á todos hartura de deseos, satisfacción y contento más de cielo que de tierra. ¡Ah! cristianos; y ¿cuántos no hay, en los mismos términos del pueblo escogido, esto es, entre los católicos que desdeñan y aún desprecian descortésmente la cariñosa invitación, disfrazando, como dice San Gregorio, con palabras humildes su soberbia?² ¿Cuántos no alegan, para excusarse del celestial Convite de la Eucaristía, tan fútiles pretextos como aquéllos de los convidados de la Parábola: *Villam emi... uxorem duxi... non possum venire*³? ¿Por quién, pues, queda el que no nos sentemos todos á la misma mesa como hijos de un mismo Padre y Señor, á disfrutar de la misma fortuna, de los mismos deleites celestiales? No ciertamente por parte de aquél que *es rico* en misericordia *con todos los que le invocan*⁴, con todos los que aceptan agradecidos su convite. Los que no lo aceptan por creerse bastante felices con los bienes y placeres de este mundo, éstos son los que no quieren la igualdad, los que prefieren distinguirse de los demás, afectando sobre ellos superioridad y grandeza.

¹ Matth. 15, 26.² *S. Gregor.*, Hom. 13 in Evang.³ Luc. 14, 18. 20.⁴ Ibid.

¡Ah! ¡cuán distinta sería su conducta, si el mismo Dios los convidara á otra mesa, á otros bienes y delicias del sentido! Entonces los veríais acudir afanosos adonde los lleva y aun arrastra la ruin inclinación de la naturaleza corrompida. Y lo que acaece, hermanos míos, con la vocación ó convite á la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo, eso mismo sucede con el llamamiento que hace Dios á todos los hombres para que participen de la gracia y de la gloria. Todos querría Él que fueran ricos, todos grandes en el reino de los cielos; pero hay muchos que prefieren ser pobres y pequeños, infatuados con la vana pompa y falsa riqueza de este mundo. *Á los hambrientos llenó de bienes, cantó la santísima Virgen, y á los ricos dejó vacíos*¹.

5. Y, no sólo nos iguala á todos el gran Padre de familias en la invitación á la sagrada Eucaristía, sino también en la porción y calidad del celestial alimento que allí nos ofrece; pues, como canta la Iglesia: *Sumit unus, sumunt mille: quantum isti, tantum ille*². Tanto recibe uno como mil, recibiendo á todo Cristo contenido en el Sacramento. En aquel famoso banquete que celebró el rey Asuero, *para hacer ostentación oriental de las riquezas y poderío de su reino*³, aunque tan espléndido y regalado como no se ha visto otro en el mundo, no fueron todos los habitantes de Susán admitidos á la misma mesa, ni disfrutaron igual tiempo de las delicias del festín, puesto que para los grandes del reino duró seis meses y para todo el pueblo sólo siete días, aunque no con menor lujo y abundancia. No sucede lo mismo, hermanos carísimos, en este banquete

¹ Luc. 1, 53.

² Eccl. in fest. SS. Corp. Christi.

³ Esth. 1, 4.

lucidísimo preparado por Dios para regalar á sus hijos, los ciudadanos del reino de los cielos, en donde todos son admitidos en condiciones exactamente iguales, á todos se le sirve la misma vianda del cuerpo y sangre de Cristo, y por todas las veces que quieran recibirle, pues el convite eucarístico dura por toda la vida del hombre y de la humanidad, desde que fué abierto en la noche de la Cena. No hay aquí distinción de razas, de sexos, de edades ni aun de condiciones sociales, por lo cual exclama llena de admiración el alma piadosa: *O res mirabilis!* ¡Oh dignación admirable! *Manducat Dominum pauper, servus et humilis*. Al mismo Señor come el pobre, el siervo, el abatido¹, que el rico, el grande y poderoso del mundo. ¡Prodigio de largueza del que es rico para todos! ¡Qué ostentación tan magnífica hace aquí el gran Rey, de los tesoros de su misericordia y poder! Como quiera que de nada ni de nadie necesita, pues Él es quien provee á todas sus criaturas de toda suerte de bienes², convida á todos los hombres á comprar sin oro ni plata ni moneda alguna el vino exquisito y la suave leche del manjar eucarístico³. Y, no contento con llamarlos á todos y con sentarlos á su mesa, lleva su dignación hasta servirles con su propia mano: *Tomad y comed todos*⁴. ¿Quién dirá después de ésto que hay en nuestro buen Dios acepción de personas?⁵

6. Por lo que hace á los efectos de la sagrada comunión, gustos y delicias que en ella experimenta el alma, con los demás frutos de vida eterna que produce en quien dignamente la recibe, si hay desigualdad, her-

¹ Eccl. ubi supra.

² Ps. 33, 10.

³ Is. 55, 1.

⁴ 1 Cor. 11, 24.

⁵ Rom. 2, 11.

manos míos, ésta no depende sino de nosotros mismos, de la desigual disposición con que llegamos á la sacrosanta mesa. Quien va á coger agua de una fuente abundante y cristalina, puesta para proveer á todos, tanta agua recibe cuan grande vaso lleva¹. *Habrá en aquel tiempo*, dice Dios por Zacarías², *una fuente descubierta á los de la casa de David*, la fuente copiosa de su sangre, colocada en medio de la Iglesia católica para refrigerio y beneficio de todos los cristianos. ¡Oh! ¡si todos cuantos comulgan, se acercasen provistos siquiera de las disposiciones necesarias para recibir á Cristo dignamente, y con él la vida y la salud! Mas, por desgracia, hay quienes, no sólo no reciben abundancia de vida, sino que se tragan la muerte y la condenación. *El que come y bebe indignamente*, es sentencia del Apóstol, *come y bebe el juicio para sí*³. ¡Qué suerte tan desigual, dice la Iglesia, la de los que comulgan! Vida ó muerte reciben, conforme á sus buenas ó malas disposiciones, aunque reciban el mismo Sacramento⁴. Que no basta, observa San Agustín, recibir el Sacramento visible, sino que es necesario recibir la virtud del Sacramento. *Aliud est sacramentum, aliud virtus sacramenti*⁵. ¿Por ventura, dice el mismo Santo, no fué veneno para Judas el bocado que le ofreció el Señor en la noche de la Cena? Al recibirlo entró en él Satanás; mas no fué que recibiera el mal, sino que, *siendo él malo, recibió el bien malamente*⁶. Por lo demás, ¡cuántos pobres y despreciados del siglo, cuántas almas puras y sencillas de la ínfima condición social, reciben torrentes de gracias y con-

¹ Rodríguez, Trat. del SS. Sacram.

² Zach. 13, 1.

³ 1 Cor. 11, 29.

⁴ Eccl. 1. c.

⁵ S. August., tr. 26 in Io., in Breviar.

⁶ Ibid.

suelos cada vez que se acercan al altar, mientras otros de superior condición, de más inteligencia y más luces, apenas perciben alguna gota de dulzura espiritual! Aquellos se anegan en un mar de dulcedumbre y devoción que les hace echar en olvido los goces y los pesares de la tierra; éstos no encuentran más que disgusto y desabrimiento en la mesa de la Eucaristía. Pero ¿quién tiene la culpa de esta desigualdad, si no somos nosotros mismos?

7. Jesucristo arde en deseos de colmarnos á todos de felicidad, de enriquecernos con los tesoros de su gracia y elevarnos á la condición nobilísima de ciudadanos de su corte y comensales suyos en la mesa de la gloria: para eso nos regala anticipadamente con el banquete de su cuerpo y sangre, que, más bien que de viajeros, es festín de bienaventurados, mesa celestial, y no terrena. ¡Hasta dónde llega el empeño del Señor por engrandecer á los hombres! He aquí, que por la institución de este divino Sacramento, no sólo nos iguala á todos en derredor de su mesa, sino que nos ensalza por una especie de igualación con los ángeles. *¡He aquí, canta la Iglesia alborozada, he aquí el Pan de los ángeles hecho alimento de los pobres viadores!*¹ *El pan de los ángeles se convierte en pan de los hombres*². *Dióles á gustar pan del cielo* más dulce y sabroso que el antiguo Maná de los viajeros israelitas, *y el hombre se alimentó con manjar propio de ángeles*³. Y ¿no constituye esto sólo, hermanos míos, una suerte de igualdad entre el hombre, criatura de barro, y el ángel, puro y

¹ Ecce panis angelorum (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

² Panis angelicus fit panis hominum.

³ Sap. 16, 20. Eccl. ubi supra.

bienaventurado espíritu? Si por la naturaleza de nuestra alma espiritual, y más aún por el ser sobrenatural de la gracia, pudo decir el Real Profeta que Dios había elevado al hombre á una altura *poco menor* que la de los ángeles¹, coronándolo de gloria y honor, ¿qué diremos después que, por la institución de este divino Sacramento, le ha admitido á la mesa de los ángeles, para alimentarle con un mismo pan del cielo? De esta manera y en un orden superior, restablece nuestro buen Dios el imperio de la igualdad entre los hombres; y en virtud de esta misma disposición maravillosa nos ayuda á buscar y hallar la armonía moral que se oculta en esa misma desigualdad indispensable en la humana condición, según paso á declarar brevemente en la segunda parte.

II.

8. La desigualdad ó variedad que se encuentra en todas las obras del Criador, y, por consiguiente, la que vemos entre los hombres, no es, mis amados hermanos, como ya lo notamos al principio, elemento de desorden, sino al contrario, condición de armonía. Ésta no existe propiamente donde reina perfecta igualdad, sino donde entre la variedad descuella la unidad, ó sea, en la igualdad de los seres desiguales. La igualdad absoluta produciría la monotonía, impresión poco grata á la vista y á la inteligencia. ¿Cuán otra es la impresión que nos causa un conjunto armónico de cosas infinitamente varias? Díganlo las bellas artes, dígalo la ciencia, dígalo el sentido común. Sin necesidad de profundizar mucho en esta grande é importante verdad, bástenos considerar,

¹ Ps. 8, 6.

como nos lo propone el Apóstol San Pablo, la maravillosa armonía de nuestro propio cuerpo¹. ¿De qué depende su perfección y hermosura esencial? ¿no es acaso de la multitud y diversidad de sus miembros, dispuestos como plugo á la mano del Criador en un organismo viviente, en una máquina de fábrica divina, perfectamente ordenada para todas las funciones de la vida animal y racional? Si los órganos del cuerpo humano fuesen todos iguales, ¿cómo funcionarían diferentemente? Y entonces ¿á qué quedaría reducida la vida?² Y entre esos miembros diversos claro está que debe existir diversidad de nobleza y perfección, como lo nota el mismo Apóstol escribiendo á los corintios³; mas no por eso está descontento ningún miembro, ni se queja el pie de no ser mano, ni ésta de no ser cabeza ó corazón, antes todos parece que se ayudan mutuamente y conspiran para conservar y desarrollar la vida del compuesto. Hay armonía en la desigualdad. Ved ahí, hermanos míos, una hermosa y exacta figura del cuerpo social, doméstico, político y religioso, y de la armonía que debe reinar entre los hombres para el bien común, dada la diversidad de los individuos y desigualdad necesaria de los estados y condiciones. Sobre dos bases principales estriba, á mi ver, esta armonía, condición de felicidad para los hombres; prescindiendo de otros medios ó agentes exteriores. Estas bases nos las da el espíritu de Jesucristo que se nos comunica de lleno en la comunión de su adorable cuerpo, y son humildad y caridad. Declaremos con alguna extensión este pensamiento.

9. Por medio de la humildad, que es la verdad, como sabiamente se ha dicho, cada uno de los miem-

¹ Rom. 12, 4.

² I Cor. 12, 19.

³ Ibid. v. 22 sqq.

bros de la sociedad, sea doméstica, civil ó religiosa, está contento con ocupar el puesto señalado para él expresamente por la sabia Providencia, de quien es disponer las suertes de los hombres¹. ¿Por ventura, dice Jesucristo, puede alguien añadir un codo ó un palmo á su estatura natural?² Luego menos podrá cambiar su estado contra la voluntad del Soberano Hacedor. No está en manos del hombre trastornar impunemente lo que Dios ha establecido para el bien del hombre mismo; y, siendo la desigualdad de condiciones resultado natural de las cosas, es preciso reconocer que ella viene del Autor de la naturaleza, y al hombre no le es dado conjurarse para destruirla. Y ¿qué obtendría después de todo por ese medio? ¿Acaso llegaría á ser más feliz que antes? ¡Ah, cristianos! No está la felicidad precisamente en ser más de lo que Dios quiere que seamos, sino en ser lo que debemos dentro de la esfera en que nos colocó su Providencia. No está la felicidad tan suspirada en subir siempre, en poseer más y más, en disfrutar cada día de mayores goces, porque la razón y la experiencia nos enseña que muchos hallaron desencantos en la elevación, espinas en la riqueza, y amargura y desesperación en el placer. Creyeron que, saliendo de su esfera, serían más felices, y se hallaron después más desdichados, aun viendo satisfechas sus locas ambiciones. Y ¿qué, si no consiguen, por mucho que se agiten, el cambio apetecido? Y ¿no es ésta la suerte ordinaria de los que reniegan de la suya? ¿Logran acaso la mayor parte de los hombres descontentos mejorar de posición ó de fortuna? Alguna vez acontece, hermanos míos, que Dios, para mostrar que es dueño de todas las cosas y

¹ Jer. 10, 23.² Luc. 12, 25.

de los acontecimientos, levanta del polvo al indigente y lo saca del fango de su miseria para colocarlo al lado de los grandes de la tierra¹; mas no es ésto lo ordinario, ni pudiera serlo sin trastorno de las leyes que rigen á los hombres y á las sociedades. La ley regular es que cada cual viva y muera en el escalón social en que nació, si no es que descienda á otro inferior. El cristiano que pone los ojos en el abatimiento voluntario de un Dios sacramentado, el cual, como reflexiona el Apóstol², siendo inmensamente rico y poderoso en la condición natural de su divinidad, descendió hasta la indigencia y el anonadamiento de la Encarnación y del altar, no alimentará en su corazón pensamientos de fantásticas grandezas, ni soñará con igualarse á los que ocupan el pináculo de la sociedad, ni maldecirá la posición social ó doméstica que le correspondió en la general distribución de los destinos humanos. Así hallará la paz y la tranquilidad de espíritu, bien infinitamente mayor que los frívolos placeres y vanos engrandecimientos exteriores. Así, por el culto de la sacrosanta Eucaristía, revestido cada uno de los sentimientos de Cristo, contribuirá por su parte á establecer la armonía moral en medio del desequilibrio de las condiciones.

10. Á este efecto concurrirá también, por parte de los más afortunados según el mundo, la cristiana virtud que brota de la fuente eucarística, la caridad. Por ella descenderán los grandes hasta los pequeños, los ricos hasta los pobres, como descendió el Rey del cielo, no sólo hasta la tierra, sino hasta la región situada debajo de ella, para llevar la luz y la vida á los que yacían allí en tinieblas de muerte³. Siguiendo la enseñanza del

¹ Ps. 112, 6. 7.² Phil. 2, 6—7.³ Eph. 5, 9.

divino Maestro¹, el que es mayor entre los hombres haráse como el menor, y el que preside como quien sirve; ni afectará imperiosidad insultante sobre sus hermanos, sabiendo que todos necesitamos de todos². Confundidas todas las clases sociales en el recinto del templo, ya para la común adoración del Dios sacramentado, ya para la comunión de su sagrado cuerpo, desaparecerán siquiera momentáneamente las desigualdades que tanto hieren el mal aconsejado amor propio de las clases inferiores; y, olvidándose los unos de que son amos, y los otros de que son sirvientes, no se acordarán sino de que son hijos de un mismo padre, siervos todos de un mismo señor, miembros de un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo, el Hombre-Dios. La diversidad de clases, lo mismo que la variedad de dones, distribuidos por Dios según le place, no tiene por objeto, enseña San Pablo á los efesios, el bien privado de cada miembro social sino la *edificación de todo el cuerpo: in ædificationem corporis Christi*³. Hanse dado, pues, mayores bienes á los unos á fin de que sirvan con ellos á los desheredados, á fin de que los socorran y acudan con amor fraterno, *obrando con verdadera caridad*, dice el Apóstol⁴, y de este modo *crezcamos todos proporcionalmente debajo de Cristo, nuestra cabeza*, hasta llegar á la plenitud de la vida, la cual no se consumará sobre la tierra, sino en la bienaventurada eternidad.

11. He aquí, para concluir, vinculada al augusto Sacramento de la Eucaristía la solución del pavoroso problema de la desigualdad entre los hombres; he aquí la clave para hallar la apetecida armonía. De la Eucaristía

¹ Luc. 22, 26.

² 1 Cor. 12, 21.

³ Eph. 4, 12.

⁴ Ibid. v. 15.

subamos, hermanos carísimos, al cielo, á aquella venturosa ciudad de Dios, donde todos seremos grandes, ricos, y felices, no subsistiendo allí más desigualdades que las producidas por la diversidad de nuestros merecimientos. Seamos santos en la tierra, y seremos grandes en el reino de los cielos. Así sea.

SERMÓN VIGÉSIMO TERCIO

(predicado en la parroquia de Las Aguas, Bogotá, 1898).

La Eucaristía y la fraternidad.

In pietate autem (ministrate) amorem fraternitatis.

Ejercitad en la piedad el espíritu de fraternidad.

² Petr. 1, 7.

1. ¡Dulce es, hermanos míos, el sentimiento que liga los corazones de los hombres con ese estrecho vínculo, puro y desinteresado, que se llama la amistad!¹ ¡Pero más dulce es todavía aquel afecto santo grabado por Dios mismo en el corazón humano, que, cual cadena de oro, enlaza los miembros de un mismo hogar, los renuevos de un mismo tronco, los que se cobijan bajo una misma sombra: el afecto de la *fraternidad!* ¡Oh, y qué bueno y qué agradable es, dice el Salmista, *habitar unidos los hermanos!*² ¿No es por ventura el amor fraterno uno de los principales elementos de felicidad en el seno de la humana familia? ¿Quién no lo siente así? ¿quién no lo proclama en alta voz? ¡Cuánto más bello, pues, cuánto más dulce no será, amados oyentes, este mismo sentimiento, no ya circunscrito al estrecho

¹ Eccli. 25, 12.

² Ps. 132, 1.